

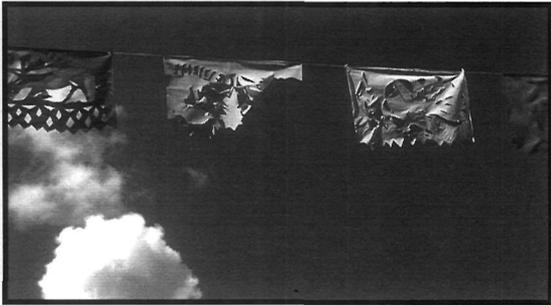
FENOMENOLOGÍA

EN MANOS DEL VIENTO

(Relato ganador de la V Edición del Premio “Vida Salud”
de Narrativa en su modalidad absoluta)

Isabel PICAZO DE FEZ

*“Sentado en silencio
sin hacer nada
la primavera llega
y el pasto crece por sí mismo”
Basho*



A Marc el mundo y sus tribulaciones le eran indiferentes. El ir y venir de la historia, de las gentes..., la bolsa, los movimientos económicos, las aventuras amorosas, los periódicos, la televisión. Había dejado de consumir información y cultura, había dejado de viajar por el mundo, había dejado de cuidar a sus amigos, los dos o tres que le quedaban era por el empeño que poníamos, porque le queríamos y, no lo niego, también por curiosidad.

No quería nada ni nada parecía importarle. Decía que se había dejado en manos del viento y el viento no soplabla. Pero esto lo supimos mucho después.

Marc llegó una noche a casa de su madre y preguntó si podía quedarse allí a dormir. Su madre, extrañada ante la actitud de su hijo, su tono de voz y su semblante, le preguntó si le pasaba alguna cosa. Marc contestó que ahora quería volver a casa, no quería otra cosa en aquel momento que sentir el

olor de sus viejas sábanas y la calidez de su almohada demasiado plana y ver el sol entrar a través de las persianas naranjas y aquella vieja torre fija, estable, imperturbable al paso del tiempo. Necesitaba algo sólido en aquel instante de vida y se quedó a dormir esa noche. Durmió catorce horas seguidas. Su madre no se atrevió a despertarle, nunca lo había hecho, su hijo sabría. Cuando se despertó, se desperezó con una amplia sonrisa, miró su vieja habitación. En los estantes sus viejos libros le contaban su historia. Allí estaban sus antiguos gustos y también algún que otro disgusto, claro, de aquella época en que todo lo compraba. Abrazó a su madre y le preguntó: ¿puedo quedarme aquí? Claro, hijo, que puedes quedarte.

Aquel primer día Marc hizo algunas llamadas telefónicas para deshacerse de los pesos, de las cargas, de las cosas, de los trabajos, de los amigos postizos, de las novias de plástico. Le dio la vuelta a la funda reversible de su sillón de pensar y se sentó a observar cómo la vieja torre le observaba y cambiaba de color según la incidencia del sol sobre sus piedras.

Aquello fue una revolución. A todos se nos tambaleó algo en los principios, en las formas. Acudieron los hermanos, acudimos los amigos. “Marc, ¿tienes problemas de dinero? ¿o acaso es el amor? ¿no tendrás el Sida? No pasa nada, cualquier cosa tiene arreglo. Aquí estamos los que te queremos”. Pero Marc callaba y miraba hacia la torre que parecía ser la única que conocía su secreto.

Por descartar la hipótesis de enfermedad irreversible como causante principal de aquel estado acudimos a las autoridades facultativas.

Pensábamos que únicamente algo tan grave podría haber afectado de aquella manera insólita al hombre que era Marc. Como no hallaron ningún

motivo aparente que hubiera relegado a Marc a semejante ostracismo, como no encontraron ningún suceso susceptible de escándalo, comentario, cotilleo y opinión, muchos amigos dejaron de interesarse por el tema argumentando que Marc se había vuelto majareta.

No sólo lo opinaban los amigos sino también el doctor. No hemos encontrado la causa al estado de Marc, tampoco podemos afirmar que se trate de una depresión puesto que observamos que existe un impulso vital en el hecho de que cada mañana salga a correr. Sería conveniente someterlo a un período de observación en una institución para enfermos mentales. Los que queríamos a Marc, cada vez éramos menos, nos negamos en rotundo a que fuera internado en un loquero. Antonio se puso como un energúmeno alegando que, claro, un psiquiátrico, retiremos a los perros verdes de la vista de los perros comunes no vaya a ser que todos nos tornemos verdes. Joan, el hermano mayor de Marc, intentó poner calma preguntándole al doctor si no había otra solución. A lo que el doctor respondió que hasta allí llegaba la medicina y añadió, mirando a Antonio de soslayo, que más de uno debería ser sometido a observación. Dicho esto se marchó. Albert pensó entonces en la medicina alternativa, ¿qué tal la acupuntura, la hipnosis...?

A cada ocurrencia mirábamos a Marc que las recibía con una amplia sonrisa. Nos miraba como si estuviera probando nuestras reacciones, como si estuviera haciendo un estudio de la capacidad del ser humano para recibir, para asimilar lo raro, lo diferente. Se dejaba hacer y parecía pasarlo en grande con todos nosotros. Ante semejante postura olvidamos la medicina, la una y la otra y nos limitamos a visitar a Marc.

Nos quedábamos observándole cómo él observaba su torre. Su madre nos contaba que todas las mañanas Marc le hacía la misma pregunta “¿puedo quedarme hoy?”. Y ella le respondía lo mismo todas las mañanas. Era tan doloroso aquel mutismo, nada podíamos hacer y, sin embargo, nos sentíamos atraídos por una especie de confianza en que detrás de aquella actitud, o por debajo, había algo que se nos revelaría más tarde, si éramos pacientes y sabíamos esperar.

Y por fin, cuando muchos se habían cansado de lo que llamaban su impertinencia (se les hizo insoportable la espera, el silencio) y sólo quedábamos sus hermanos y Simó, Antonio y yo, Marc se decidió a hablar.

Estábamos en su habitación Joan, Simó y yo y Joan estaba recordándonos los sueños de Marc. En aquella época hablábamos entre nosotros sin apelar a Marc en ningún momento. Pero aquella tarde que su hermano estaba recordando los sueños de Marc, éste habló: “Me he dejado en manos del viento y el viento no sopla”. Simó le increpó: “Si no escuchas el mundo ¿cómo esperas que sople el viento? ¿De dónde puedes recibir la respuesta estando aislado del mundo?”. “Ya conozco el mundo pero el viento no sopla”. Entonces yo aproveché: “¿Estás esperando a que sople?”. “No espero nada”.

Buscábamos preguntas para desmontarle, para encontrar la contradicción en su discurso. A fin de cuentas queríamos conocer qué fuerza había provocado aquel cambio en la vida de Marc... acaso para que pudiera trastocar las nuestras. En una ocasión le insté al suicidio como forma de transformación o cambio de estado: “Lo tuyo no es vida”, le dije. A lo que él respondió: “¿Quién puede decir que no es vida?”.

Lacónicas frases que nos dejaban mudos, no por su incontestabilidad sino por la calma con la que eran dichas. Aquel aplomo. A todos se nos tambalearon algo los principios. Marc parecía feliz y no tenía nada, no temía nada. Los papeles se habían invertido y era Marc quien nos estaba curando la locura a nosotros. Nuestra locura de la prisa y del temor a no tener. Al final las preguntas abandonaron la ansiedad y su insolencia, la suficiencia del que se piensa en razón, las preguntas se volvieron preguntas a la espera, se volvieron diálogo casi sin palabras.

Un buen día el viento sopló para Marc y sopló tan fuerte que se lo llevó consigo, como no podía ser de otra manera.

Aquella mañana Marc volvió a abrazar a su madre pero esta vez le dijo: “Gracias” y se marchó. Hacia dónde llevó el viento a Marc no lo sabemos, ni de qué le habló. Sabemos que es feliz por una carta que nos dejó. Me pregunto ahora si debo desear que el viento devuelva a Marc o si debo pararme a escuchar para que me lleve a mí con él...